

CAPÍTULO I

MUERTE DEL SR. ARGEMÍ

Alberto miraba fijamente la imagen de su padre a través del monitor. La demencia le había dibujado una mirada serena, pero carente de expresión. El señor Argemí acostumbraba a deambular por los pasillos donde se cruzaba con otros ancianos, que como él, vivían ausentes a su entorno. Las enfermeras tenían que sortearlos si querían llegar a tiempo allí donde se las reclamaba. Era un lugar de actividad constante para ellas, aunque para sus habitantes hacía tiempo que había dejado de tenerla. Últimamente el señor Argemí había ido perdiendo su capacidad de desplazarse, siempre estaba en su silla de ruedas y ya no salía solo de su habitación.

Volvió a mirarlo una vez más antes de cerrar la conexión. Una sensación de vacío se apoderó de él como si su cuerpo dejara de existir y solo su mente permaneciera activa. Su madre murió cuando él todavía era muy joven, durante su enfermedad apenas la pudo visitar, en aquel tiempo era más importante cumplir con sus estudios que con sus lazos filiales, esto se tradujo en un sentimiento de rebeldía sorda que acabaría marcando toda su vida.

Ahora, había llegado el momento de despedir a su padre, aunque hiciese mucho ya que lo había abandonado. Intentaría acudir temprano para poder abrazarle y sentir una vez más aquel calor insustituible que le había proporcionado en los buenos tiempos. Necesitaba unir sus manos de adulto con las frías y torpes manos del anciano y comprender mejor lo que significa la vida. Contactó con la dirección del centro para comprobar que todo estaba listo. Al instante recibió un

mensaje de confirmación. Siguió todavía un par de horas más con su trabajo, después cerró el dispositivo y se fue a tomar un refrigerio antes de acostarse.

Más tarde, en la soledad del dormitorio pensó en la vida de su padre, en la relación que habían mantenido después del divorcio. No recordaba mucho de los años anteriores a la separación de sus padres era demasiado pequeño. Sin embargo, recordaba vivamente las vacaciones en la playa de los últimos años con la nueva pareja de su padre y los hijos de ésta. Entonces se desvivía por él y procuraba, por todos los medios, que los días que pasaban juntos fuesen perfectos. Que nada ni nadie enturbiase su espacio, ni el tiempo que deseaba dedicarle. Era exigente consigo mismo en su papel de padre.

Siempre le decía que los recuerdos forman parte de nosotros, tanto o más que cualquier otra parte de nuestro cuerpo. Quien iba a decirle que justo eso es lo que perdería en sus últimos años.

En aquellos días cuando salían a pasear por la orilla del mar. Los otros chicos no venían porque eran más pequeños, así que era nuestro espacio privado y siempre surgía alguna conversación interesante. Al contrario que con su madre, con quien mantenía una relación más cotidiana, más jerárquica, con su padre se sentía un adulto capaz de opinar y de plantear sus dudas.

Cuando acabó los estudios, le dio buenos consejos. Le enseñó la importancia de procurar ser útil a los demás, sin renunciar a las propias convicciones porque, como él decía, la integridad es una de las cosas que más satisfacciones termina por dar en la vida. «No te vendas al capital, pero intenta ganarte la vida lo mejor que puedas. El dinero te solucionará muchos problemas, pero su falta te provocará un sinfín de frustraciones. Recordó el tacto de sus manos grandes

pero delgadas y suaves. Su mirada firme pero afectuosa. Sus ropas, las gafas de sol, que le prestaba cuando iban en bicicleta... Hacía ya tanto tiempo. Siguió intentando aferrarse a aquellos recuerdos, lo único que conservaría de él a partir del día siguiente. Hasta que se quedó dormido.

A la mañana siguiente, oscureció el tejido de su traje inteligente en señal de respeto hacia su padre y hacia sí mismo. Delante de la pantalla se estuvo mirando después de probar varios tonos de gris oscuro, al final pulsó "gris sombra" y salió. Se dirigió hacia la estación-lanzadera que lo conduciría al área denominada de asistencia social donde se encontraba su padre. Estaba algo alejada del centro, pero funcionaba de forma autónoma. El personal de servicios o población activa convivía con otra más numerosa, la que les daba trabajo, era la pasiva, que ya fuera por enfermedad o por edad, requería de unos cuidados especiales. Uno de los hospitales más importantes de Ciudad estaba ubicado allí.

Cuando se ingresaba en el hospital, si el diagnóstico concluía una larga enfermedad se procedía a habilitar una residencia permanente al enfermo o «pasivo» en algún pabellón, apartamento o residencia geriátrica. De este modo se evitaban las situaciones de abandono que se habían dado en épocas anteriores. El señor Argemí padre fue uno de los anteriormente llamados «jubilados», lo que le permitió disfrutar de unos años de descanso que, además, supo aprovechar bien. Cuando más tarde fue aprobada la Ley de Activo Positivo el puesto de trabajo pasó a conservarse hasta el momento en que se producía baja por enfermedad. De esta forma se obligaba a trabajar hasta que el ciudadano fuera incapacitado, independientemente de su edad. De la misma

manera que una vez desahuciado se practicaba la eutanasia como medida respetuosa con la calidad de vida y la dignidad de la persona. Su padre se adaptó a los nuevos tiempos y quiso dejar claro que cuando fuese un lastre lo quitaran del medio. Alberto pensó en un primer momento que aquello era demasiado drástico, pero cuando se empezó a aplicar su padre le pareció un hombre avanzado a su tiempo.

La Ley de Activo Positivo fue muy criticada. Con todo, la ley se aplicó. Dando paso a la creación del área de “asistencia social” donde se daba cabida a todas las necesidades socio-sanitarias de los ciudadanos. La Ley se creó para vincular la vida laboral a la salud de los trabajadores independientemente de su edad. Así se suprimían las pensiones y eliminaban esa carga de las arcas de Ciudad y se hacía necesario obligatoriamente seguir trabajando mientras se pudiera o hasta el final de la vida.

La Reestructuración Social tuvo lugar poco después y trajo consigo la eliminación del dinero y todo lo relacionado con él. Desaparecieron inversores, salarios, bancos, compras, ventas, facturas, dinero público, privado, blanco, negro, hipotecas, fondos, etcétera. En su lugar se desarrolló un control permanente que garantizaba el equilibrio entre producción y consumo. Atrás quedaba el tiempo de los caudillos. El poder estaba en manos de la Capa Dominante, que gestionaba la sociedad de manera opaca, sin que nadie conociera el nombre ni el rostro de los que gobernaban. Estos a su vez, actuaban parapetados detrás de varias capas de profesionales. El cinismo campaba a sus anchas bajo la bandera de la ignorancia inducida. Las responsabilidades se habían volatizado.